



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- ANTONIO PEDROSA
Soneto.
- ANGEL GUERRA
La senda de la vida.
- JOAQUIN BELDA
El tren mixto.
- ANGEL G. LUGEA
Despechos.]
- J. PEREZ RAMIREZ
[Grotescos.
- LUIS CILLAN
A una madrileña.
- EDUARDO TORRENOVA
También la gente del pueblo...
- FERNANDO G. RUIZ
La pecadora.
- TOVAR, RIDOLIN, GALVAN
y AFRODITA
- Varios dibujos y retratos de
«La Favorita».

CARAS BONITAS

LA FAVORITA

*Hermosa cañcionista que ha realizado una estupenda
tourné por provincias. En Burgos, «La Favorita»,
dejó anquilados á «los burgaleses».*



5 céntimos



MADRID empieza á despoblarse. Estos á San Sebastián, aquéllos á San Juan de Luz, y los otros á San Juan de Dios, todos encomendándose á sus respectivos santos, nos van dejando solos, con la Banda Municipal y media docena de concejales, de esos que siempre están frescos y no sienten la nostalgia de otras temperaturas.

Y no es que nos aburramos, ni mucho menos. Cuanto menos gente, más anchos, que dice el vulgo, y dice muy requetebien;

LAS BUENAS FORMAS



—Acaba de llegar el marqués.

—Pues dígame que «así» no puedo salir á recibirle; que pase él.

porque lo único de lamentar, es que durante estos dos meses emigran muchas mujeres guapas, de esas que nos alegran esta pícara vida con sus encantos personales. Si no fuera por tan lamentable ausencia, aquí nos distrairíamos mucho más que por esas tierras.

Por lo pronto, ahora estamos en pleno furor verbenero. Tuvimos la de San Antonio, siguieron las de San Juan y San Pedro, ahora vamos á la del Carmen, y luego la emprenderemos con la de Santiago, la Paloma, San Lorenzo y San Cayetano. Conque cada madrileña, de esas de falda transparente y mantón de Manila, se embaule un churrito caliente en cada verbena, va á haber cada empacho que será cosa de darlas antídotos para que lo de la ocupación no pase á mayores.

Y á propósito de verbenas. He observado que el genio y la inventiva de los industriales que amenizan estas fiestas populares, es inagotable. Cada año inventan algo nuevo, con el noble fin de sacarle las perras al respetable público.

De aquellos primitivos tios vivos y columpios, apenas si queda rastro. Ahora privan otras atracciones, en las que la electricidad toma no pequeña parte: los «carrusels», simulando trenes, automóviles y aeroplanos, son más divertidos y emocionantes, y además, resultan un medio de simplificar y acelerar relaciones amorosas que da gusto.

Sube usted á uno de esos chismes circulantes procurando hacerlo inmediatamente después de una mujer que sea de su agrado; ocupa el asiento contiguo al que ella ocupa, y pone la cara más complaciente y hasta sugestiva que tenga en el repertorio. El tío hace funcionar el motor, la emprende el orquestón con un pasodoble, y aquéllo empieza á girar como una devanadera loca. A la segunda vuelta, ella se marea y se le agarra á usted á cualquier extremidad, por temor á caerse; y, naturalmente, usted se marea también y se agarra á su vez á lo que buenamente

puede. Total: que cuando el aparato cesa en la veloz carrera, aquéllo es pan comido ó usted un tonto de capirote. Puede ocurrir que se equivoque uno, y que al quedar aquello quieto se entere de que se ha adherido á un capellán castrense, pero para eso está la vista y, sobre todo, el tacto.

Aparte de esas diversiones por el procedimiento de la rotación, este año hay una novedad, la del juego del conejo, que está haciendo un boato negocio.

Por una perra gorda está usted expuesto á que le toque, bien un conejo con todos sus tiesos bigotes, ó ya un gazapillo tierno y sedoso como el armiño. La cuestión está en acertar con el agujero por donde se ha de introducir el animalito. Bien es cierto que hay quien tiene mala suerte y se pasa la noche sin tener la suerte de que le caiga un conejo. ¡Pero cuántas noches y cuántos días no habremos perdido en este mundo yendo detrás de un conejo, de más ó menos bigotes, ó en pos de un gazapillo tierno, con el pelo suave como la seda, y no hemos logrado dar con el agujero!

Y en las verbenas los hay que van á tiro hecho, y si no consiguen que la fortuna haga que les toque un conejo, son ellos los que lo tocan.

Y es lo que ellos dicen con acento de resignación:

—¡Algo es algo, y siempre es un consuelo!

Un pequeño REPORTER

SATIRICON

ES EL PERIÓDICO MÁS VALIENTE

Precio: DIEZ céntimos



—Marqués, perdone usted una indiscreción íntima que me tiene intrigado. ¿Cómo se las arregla usted para entenderse con su esposa?

—¡Toma! ¡Usamos el teléfono!

SONETO

Doña Angustias Lapin de Puntanfrente, señora que, á pesar de sus cincuenta, dos robustos varones alimenta, encontrándose en cinta á la presente y que forma un total independiente.

Además de esos dos, y los que cuenta enterrados, de quince, no frecuenta la reunión de Peralta, su pariente desde cierto altercado sugerido entre el dicho señor y su marido:

y, si algún contertulio significa la extrañeza que siente por su falta, —Desde aquel disgustillo — le replica nunca paró en reuniones de Peralta.

Antonio PEDROSA

La senda de la vida

I

Bajo la palmera que extendía en lo alto sus hojas de abanico; á la orilla de la cisterna donde poco antes abrevaron los camellos de una caravana y á donde, al atardecer, cuando en el cielo comenzase la lenta agonía de la luz, vendrían las doncellas á llenar sus ánforas y á narrar cuentos de amores, la pobre Miriam lloraba. Sus trenzas rubias despeñábanse por la espalda; en su rostro de hermosa hebreaica, blanco y lustroso, al parecer se abrían las rosas nuevas; túnica azul plégabase á su cuerpo, y entre las mangas, que amplias caían con majestad, asomaban los brazos con nieve hechos.

Bella y joven, Miriam lloraba.

Miráncose en el agua muerta de la cis-

terna, encontrábase hermosa. Escrutándose interiormente, advertía su espíritu acusado de una sed insaciable.

Cavilaba pensativa:

—¿Cuál será la verdadera senda de la vida?...

Por la frescura del agua llamado, venía ahora un rebaño. Trotones los corderillos, mansas las cabras, los carneros montaraces y bravios llegábanse á la vera de la cisterna, por la senda del monte, en amigable hato. Pastoreándolo, el viejo Zulim lo seguía.

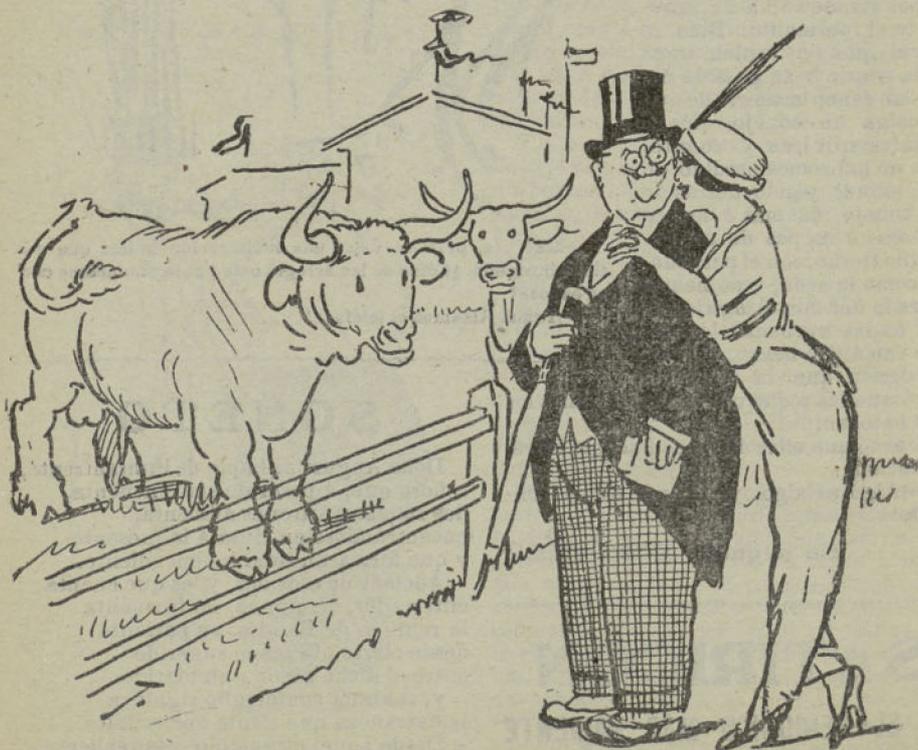
Miriam secóse los ojos.

—¿Qué pena te daña, doncella de los ojos tristes y azules?

—Busco el camino de la vida.

—Nadie lo encontrará, cuitada. La huella de los que ya lo pasaron, se señala con sangre. No lo busques. ¡Vale más no haber nacido!

—En el amor lo buscaré.



El.—Vamos á ver, ¿en qué estás pensando?

Ella.—¡En tí, en tí y nada más que en tí!

UN PRECEPTOR EXPERTO



—Con los hombres hay que andar con mucho cuidado.

—Sí, padre. Tomés me lo repite á diario: «Vamos con cuidado... no nos vea el sereno...»

—No ames, que el amor á la postre es pena de no amar.

—Buscaré el placer.

—Al último sorbo será el trágico desencanto. ¡Dolor cruel de cuanto existe!

—¿Dónde entonces?

—Mejor es morir.

Lejos sonaban, llenando de rumores el campo, despidiendo al sol, los cánticos de las doncellas que con el ánfora á la cabeza tornaban á buscar el agua fresca de la cisterna, y á narrar cuentos de amores bajo el ramaje de las palmeras, en el silencio dormido de la tarde.

—Miriam lloró de nuevo.

II

Un levita, que leía los libros sacros y en ellos aprendió la ciencia de la vida, le contó un día que la felicidad humana era pronta á los seres que la buscan.

—En la paz espiritual estriba toda ventura. Vive á solas con tu alma.

Miriam peregrinó muchos días por el desierto. A través de las arenas cálidas,

andando, huía el rastro, en ellas levemente impreso, del paso de los hombres. Iba á la soledad, á vivir la libre vida de su espíritu.

Duró largo tiempo el éxodo. Por más que rodaran los días con horas de sol y las noches con claridades de estrellas, no hallaba en sí misma la paz interior, ese contento íntimo de vivir llamado felicidad humana que nunca vieron los siglos.

Sentía sed. Ni el chorro de la fuente que ha rezumado gota á gota la peña, como si llorara, ni el agua misteriosa que se ha dormido en el fondo de las cisternas, calmáronla nunca.

La sed era insaciable.

—No; no es este el camino de la vida que lleva á la dicha.

Sentía frío. Ni aun calentándose al sol cuyo calor retostaba las arenas sin fin, hallaba alivio á la frialdad que mordía en sus huesos. ¡La soledad! La del campo pa-

RIVALIDADES



—Tu primo será más joven que yo; pero no más cumplido.

—Pues es más cumplido con creces. Ya usted ve: ¡misterios del organismo...!

recía grata; la del campo parecía mucho más desolada que el desierto. El pobrecito corazón, solo, se le moría de frío; le lloraba, como un niño, dentro.

Y un día que la encontraron errante por la llanura, mojado su llanto la tie-

Cantaron los poetas en psalmos su hermosura; ante ella las flautistas, ondulante la veste, coronadas de flores, sonaron místicas, y las danzarinas, al son de las cítaras renovaron los bailes de sus países distantes.

EN LA BOMBI



Rudwin

—Nada, chica, que nos traigan una ración de magras y un cuartillo de vino; ¿no te parece?

—¡Qué me va á parecer! Todos los domingos lo mesmo: ración de magras, siempre magras... Ya está una harta de tanto magreo.

rra, recogiórnela en su compañía mercaderes que, al paso lento de los camellos, iban camino de la ciudad llevando esclavas.

III

Ya está Miriam en los palacios del príncipe, y es la muy amada.

Arde en fiestas la corte en su honor y prez.

mueve el viento de Agosto.

Mas cuando pasaron días, Miriam, encantada del príncipe que la amó una sola noche, lloró otra vez.

No encontraba en la pompa cortesana, en el orgullo de reinar sobre pueblos que temblarían ante la mirada de sus ojos con cólera, la senda de la vida, la felicidad buscada.

Despojóse de la púrpura y la entregó á la esclava, una pobre niña, de ojos ne-

Desde los confines más lejanos del reino vinieron dando el pastoreo de sus rebaños, las tribus con sus patriarcas á ofrecer presentes, y los pueblos guerreros, con sus caudillos, á rendir las armas.

Los elefantes blancos, nacidos en suelo indico, llegaron cargados de oricribado en las arenas de los ríos de ondas azules, y portearon perlas sacadas del fondo de remotos mares. Sobre los lomos de los camellos, vinieron ricos tesoros, incienso de sacrificios, perfumes extraídos de las flores asiáticas, plumas de pájaros egipcios, y pieles de tigres hircanos. Cada tribu ofrendaba a Miriam una esclava, la más hermosa mujer entre las suyas, jóvenes de tostado rostro y labios rojos, como las cerezas maduras, y virgenes de cabellos de oro, envidiados de las espigas del trigo que oreo y

UNA IRRECONCILIABLE



—Vaya, mimosona, siempre haciéndote la enojada para luego volverte y reconciliarnos...

—Pues tú harás lo que quieras; pero esta tarde no me pienso volver.

gros, llenos de sol, y labios rojos como claveles nuevos, que al cantar las viejas canciones de su país nativo, lloraba, y en sus pupilas ponía lágrimas, nublándolos, como la lluvia los cielos. Y entonces, burlando la vigilancia de la gente armada, huyó una noche.

IV

Miriam caminó durante largos días por campos en silencio. Al caer una tarde, llegó a la linde de una aldea a tiempo que el sol moría a lo lejos. Todo estaba en ruinas. En la tierra oscocaban los surcos viejos, y en las higueras, que se asomaban curiosas a las tapias de los huertos, los higos remaduros, ya olvidados, destilaban sus mieles.

Y se acercó con miedo. Aquel silencio del pueblo muerto, en el ánimo ponía espanto.

Bandadas de cuervos pasaban de largo batiendo el aire, solemnes y trágicos. Un borrico, cayéndose de hambre, daba vueltas a una noria, cuyos cangilones, con rit-

mo triste, sacaban y volvían a vaciar el agua sin descanso. ¡Cuántos días así! ¡Resignación del trabajo con dolor, senda también de la vida!

A la puerta de una choza encontré a un cabrero para aliviar memorias crueles cantando una canción de penas.

Llegóse a él y pidió agua.

—¿Dónde váis?

—A la aldea.

—No entréis en ella. Haced noche en mi cabaña.

Tengo frutas y leche.

Contó el cabrero entonces la historia de la aldea.

—Pasó la muerte por aquí. Hombres armados en guerra, la asolaron. El odio destruyó todo lo nuestro. Todavía, por la noche, estremecen el silencio los gritos de los heridos, y llega hasta aquí el olor de los cadáveres insepultos. Mi hogar lo destruyeron; de mis dichas pasadas nada queda, ¡mi mi hijo!

Miriam lloró. Sus lágrimas ahora eran dulces. No lloraba por ella, lloraba por todos.

—Espera al hijo que vendrá. A tu vera viviré, si quieres, pastor. Mañana sanaremos a los heridos, hermanos en el dolor, reconstruiremos la vida en la aldea y el amor en tu hogar... ¡Revivir lo muerto, perpetuar una raza, constituir una inmensa familia reproducida eternamente en la historia; ¡Crear con el amor lo que el odio destruyera! ¡Gran destino el mío!...



—¿Será para mí este vals?

—No, duque; estoy fatigada; ya llevo siete bailes seguidos y todavía no sabe usted lo que me queda que moverme esta noche.

Por un presentimiento de madre en su corazón de mujer, Miriam, para alegrar al cabrero, ensayó cantar un arrullo amoroso de cuna.

Después silabeó:

—Mi amor será grande, porque será fecundo y humano. Hallé la senda...

Angel GUERRA

EL TREN MIXTO

Son las siete y treinta y cinco, y como el tren no llegaba hasta las ocho, tenía tiempo de cenar en la estación.

Aunque tal vez no pudiese tragar bocado: la emoción le tenía echado un nudo en la garganta, y era difícil desatarlo. La cosa no era para menos.

Después de ocho meses iba á ver á su Paquita. ¡Ocho meses! Al principio le parecieron ocho siglos: después, y á medida que el tiempo pasaba, los siglos se iban convirtiendo en años, en días... Ahora ya, pasados, se le antojaban escasamente ocho minutos.

Para asistir en la última enfermedad á su madre, Paquita había marchado á Valencia á primeros de año; él, con gran sentimiento, no pudo acompañarla. La fábrica estaba en sus comienzos, y no era prudente confiar su dirección á manos extrañas. Además — y este era ese motivo secreto que suele haber en casi todas las acciones humanas — el odio feroz que profesaba á su suegra le impedía ponerse ante ella, aun tratándose de una enferma que ya debía estar para dar poca guerra en este mundo.

No había pasado de la sopa, cuando oyó por la parte de Hernani un silbido prolongado: en el andén empezó á notar ese movimiento precursor de la llegada de un



—Anda, rico, vames á repetir.

—¡Ay! Si ya sabes de siempre que no puedo... Uns y gracias.

tren. A un mozo que pasaba corriendo le detuvo:

—Diga usted ¿es el exprés?

—Debe ser.

—¡Pero, si no es la hora!

Miró el reloj, y en efecto: faltaban veinte minutos. La cosa no tenía explicación racional, y por si acaso se trataba de una equivocación, siguió comiendo con más apetito que antes.

Hizo la casualidad que uno de los coches de primera del tren que ya entraba en la estación, viniera á detenerse precisa-

MARI... BRISSARD



mente frente á la parte del andén en que el fondista había puesto las mesas para que la parroquia disfrutase mejor del fresco. Se abrió una portezuela y descendió una mujer, guapa, con la cara semicuita por un velo de gasa. El marido la reconoció en seguida: era su Paquita.

Ella no le había visto, y él, para proporcionarle una sorpresa agradable, volvió la cara hacia el otro lado: esperaba á que hubiese pasado, y entonces, colocándose á su espalda, le soplaría con fuerza en el cogote, obligándola á volver la cara; era una

broma que, cuando se la gastaba en privado, le daba siempre muy buen resultado, pues, generalmente, solía acabar en un retozo nupcial completamente de su agrado. Claro es que allí en la estación no había caso...

Pero el hombre propone, y... otros hombres disponen lo que se ha de hacer. Al llevarse un trozo de merluza á la boca estuvo á punto de quedar ahogado; acababa de ver que con Paquita había ajado del tren un hombre, y que, muy pegaditos los dos, se disponían á ganar la puerta de salida. Sin darse cuenta de lo que hacía se levantó de un salto y se colocó entre los dos.

Ella dió un grito y se quedó livida; él, sin comprender al principio, preguntó altanero:

—¿Qué pasa, hombre?

—¿Cómo que qué pasa?...

Eso ya me lo explicará usted, ó mejor dicho, lo explicará usted á sus padrinos para que ellos lo expliquen á los míos. ¡Pienso matarlo á usted, caballero!

El otro, en vez de sacar un revólver, saco una tarjeta, y entregándosela al ultrajado, le dijo:

—Estoy á su disposición.

Y desapareció en dirección á los retretes.

Solos ya el matrimonio, ella habló antes que él:

—Es un amigo... ¿sabes?... un compañero de viaje, y me ha hecho el favor de... acompañarme...

—¡Basta! ¿Dónde ha subido ese hombre?

—En Valencia.

—¡Atza! ¡Media España ha presenciado mi deshonra!... ¿Y no has podido, por lo menos, evitarme el espectáculo? ¿No sabías que te estaba yo esperando en la estación?

—¡Claro que no!... Yo te avisé que llegaría en el expreso de los ocho.

—Y yo, como buen marido, me he adelantado. ¡La impaciencia natural de un corazón enamorado!

—Si, pero como no he venido en el expés...

—¿Cómo que ro? ¿Pues qué tren es éste?

—El mixto, que llega á las siete y cuarenta. Con él he hecho todo el viaje.

—¡Cielos! De manera que tu idilio con el otro ha durado el doble de lo que yo creía... ¡Si al menos hubiéseis venido en el rápido!

Joaquín BELDA

DESPECHOS

No..., no quiero tirarme de los pelos, no quiero de valor hacer alarde; no me arrastra la furia de los celos, soy más noble que tú, soy más cobarde.

Con toda tu gran dosis de hermosura, con toda tu fingida deferencia, eres... ¡lo que se tira á la basura!

¡Muñeca de salón, cinica y necia!

Has querido jugar con las pasiones

sin meditar el peligroso juego.

¡Como si se incendiaran corazones, para dejarlos apagarse luego!

Desconoces el mundo. No comprendes lo omnipotente que el cariño es.

Yo, era poco, muy poco, —ya me en-

tiendes—

y él, era mucho... mucho... ¡era marqués!

¡Oh, señora marquesa! Un miserable,

se lo dice despótico y cruento:

«Sobre la aristocracia de la sangre,

está la aristocracia del talento».

¿Reiste todavía? ¡Sacilegio!

Eso, es mucha maldad, es inhumano;

mas si lo impone tu querer egregio,

cúmplase el mandamiento del tirano.

Que yo pediré á Dios en ansia fuerte,

con los ojos al sol y en cruz los brazos,

que me conceda el gran placer de verte,

¡en las garras de un tigre, hecha pedazon!

Angel G. LUGEA

Compre usted mañana

SATIRICON

LA VUELTA DE LA PLAZA DEL «MONDONGUITO»

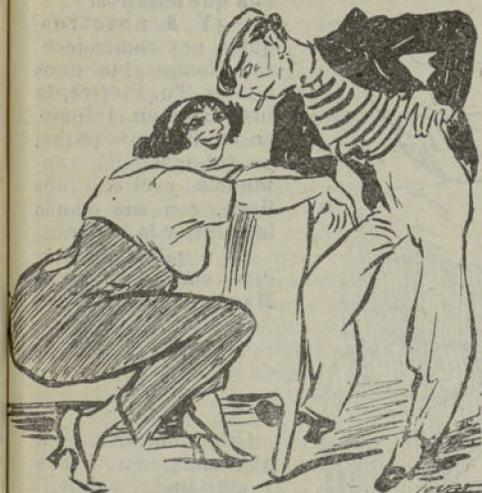


Pinchin

—¡So morral, ro te da vergüenza tóas las tardes la repa destrozá, que no gana una ps costara y hoy los dos toros al corral! ¡Anda y córtatela de una vez!

—Desgraciada, qué iba á ser de tí...

CONFORMIDAD



El.—Y te voy á regalar un piano de cola, pero que de bastante cola.

Ella.—Ya sabes tú que lo de menos es el piano...

GROTESCOS

Fantoques familiares.

1

Arlequín, «el de los trajes locos», pирtea seis veces seguidas el bruto.

Este picaro Arlequín, que raptó á Colombina, que ríe con los dientes y con los cascabeles como un imbécil incorregible, que esconde tras el negro antifaz unos ojos pavonados y llenos de insolencia, parece que anda confuso, aunque salta de un modo feroz, sin miedo á las púas de los rosales raquíuticos, esta tarde mansa de Septiembre.

Suena á ratos, silbante, la mandolina risueña.

Pierrot, se da al vino tristemente, aguardando á la Luna, antes de la noche. Su rostro de espectro tiene hoy más muecas todavía, porque la harina, humedecida por ciertas lágrimas, le estira la piel. A veces, salta en competencia con Arlequín, como si fuese á lograr con el salto sacudirse algunos pensamientos y presentimientos.

Colombina se ríe, no sabe de qué, no sabe de qué..

Está... como siempre, más bonita que nunca. Su misma belleza ingenua y loea. Su misma gracia infantil en toda ella.

II

Colombina y Pierrot no hablan esta tarde; Colombina y Arlequín, menos.

La niña coge flores rojas, muy raras, entre los rosales, y canta y ríe para la brisa.

Colombina es mala, es coqueta, es ambiciosa. Su corazoncito no se mueve sino al sonido del oro; su cabecita no sueña más que con sedas, brocados y moñas, y ni Pierrot con sus ternuras, ni Arlequín con sus travesuras, alcanzarán lo que el Marqués con sus joyas y sus comodidades.

—¡Qué mala es! —gruñe Arlequín.

—No; no es mala —disculpa Pierrot.

Se enfada Arlequín y rugie:

—¿No es mala? ¡Perversa!

EL MODUS VIVENDI



—Vamos á ver: ¿y qué sacáis de limpio con esa vida?

—No es mucho, en efecto; pero, chico, escamos lo bastante para ir tirando..



El viejo conquistador.—¿Y usted me permitiría que le hiciese una visita mañana por la tarde?

La mamá.—Sí, señor. ¡Precisamente yo me quedo dormida de tres á cinco!

—Pero, ¿es malo seguir el instinto?

—El instinto malo, sí.

—Es que no hay instinto malo... Los hay mayores y menores, y en ella pudo más el instinto del lujo que el del amor.

—¿Y tú la disculpas?

—Sí.

—Eres más tonto que Leandro el Tonto.

—Colombina pide lo que nosotros no le podemos dar. ¿Tiene culpa ella?

—¿Y nosotros?

—Sí.

—Pues, robemos.

—Hasta para tal cosa se necesita ser rico.

—Pues, me batiré con el Marqués.

—Pero no le heredarás... Compádezcate.

mos á Colombina; ¿no será quizá menos feliz ella que nosotros?

—¿Y á nosotros, quién nos compadecerá? Hemos sido unos idiotas. Tú, Pierrot, la insinuaste en el amor; en las ilusiones puras; yo fui más allá, rap-tándola, y el Marqués llega, con sus manos lavadas, y la disfruta.

—¿Y quién ha perdido más? Porque el Marqués poco...

Meditan.

III

Colombina se ríe. La niña mala, la niña loca y muy linda, encuentra una rosa grande, va á cogerla y se punza un dedo. Se ríe. Pierrot no la mira; Arlequin no la mira.

¿Por qué?...

No la miran siquiera. ¡Qué estúpidos! La han visto como si no la hubieran visto. ¿Ya no se acuerdan de ella ni de nada? Pierrot ni pestañea; á ese brutísimo Arlequin ni se le estremecen las cascabeles, y continúa saltando...

¡Como si nada!

Ella no se marchará; seguirá danzando por allí, toda la tarde.

¿No es imperdonable, al fin, que apenas la hayan advertido, á pesar de este traje tan espléndido y de estas joyas tan caras?...

Colombina consultará á la fuente, á la fuente aquélla memorable, su primer espejo, á ver si tampoco la reconoce.

J. PÉREZ RAMÍREZ

No ojeje usted de leer

SATIRICÓN

Precio: 10 céntimos

A una madrileña

¡Olé la gracia y salero
de la mujer española,
la del clásico pañuelo,
y belleza que atortola!

La que se lleva enredados
en los flecos del mantón
penas de desengaños,
é ilusiones de su amor.

La que Lavapiés alegra
con su hermosura gitana,
con sus pasos menuditos
y su boquita de grana.

Con sus ojos, que, cual diablos,
al pecado siempre invitan,
con sus labios que atesoran
unas perlas chiquititas.

La que me robó la calma
y me robó la alegría,
pensando, si venturoso,
pudiera llamarla mía.

¡Olé lo bueno y castizo!
¡Viva tu gracia, chiquilla!
Si te quiero yo á ti más
que á mi madre y á Sevilla.

Luís CILLÁN

También la gente del pueblo...

Acaban de sonar las diez de la noche
en el reloj de torre de San Cayetano.

Una pareja, apostada en la esquina
de la del Oso, cuchichea alegre y reto-
zona, y hociéndose como dos ratonci-
llos, dicen al oído palabras dulces,
que á los de ella llegan como música
armoniosa que le encanta é hipnotiza.

Salen de sus labios juramentos de
amor, dichas sin fin para lo futuro, y
un palacio de cristal forjado en la men-
te por sus ilusiones.

Una cita, una hora, el chasquido de un
beso que se pierde en la penumbra, y un
«¡hasta luego!», son sus últimas frases y se
separan.

En cambio, en una casa de la de Emba-
jadores, junto al Rastro, todo se transfor-
ma en terrible realiad.

Una hembra hermosa, de ojos negros
como la pena, de gentil figura y arrogante
porte, acostada en un sofá de rejilla, en
el paroxismo de los celos exclama:

—¡Maldito corazón! ¿Por qué me enga-
ñas?... Si lograra arrancarte del pecho,

¡cuán'o gozaría!... Pero, no, no, quiero
sentirte palpar para que á esa infame
mujer, que me roba el alma, exterminar-
la... Quiero que su sufrir sea eterno; que
mis ojos la abrasen al mirarla... Estoy
loca, sí, no sé si de amor ó de celos...

En esto suenan dos golpes en la puerta,
y un joven aparece en el umbral.

DÍA DE LLUVIA



—Señorita, me permite que la cubra ..

La escena cambia momentáneamente.

Una alegría inmensa rebosa en los ojos
de ella, y él, cogiéndola las manos, muy
juntos, confundidas sus miradas, dando
un suspiro, se sientan en aquel sofá, don-
de momentos antes rugía una tempestad
de celos en el corazón de María.

—¿Qué te aflige, alma de mi vida?—dico
fingiendo Rogel.

—Nada, amado mío; temía porque tar-
dabas... y... ya, nada más.

El joven rodea su cintura, que María no
opone resistencia, y comiéndose en pala-

SIMBOLISMO



bras y miradas, así permanecen breves momentos.

Día hermoso; el sol luce en todo su esplendor, y María pasea sola por las alamedas del Retiro.

De pronto, su cuerpo se estremece y sus ojos centellean furiosos.

Acaba de ver á su rival, á aquella mujer ladrona de su amor.

Se para, y con actitud firme, actitud de reina ofendida, espera que se le acerque.

—¡Adiós, reina! — reta la segunda—. Así se puede presumir, con el dinero de uno y la honra de otros.

Siniestra mirada la dirige María, como queriendo pulverizarla, y moderando su carácter, parece querer convencerla.

—Escucha, y ten calma. Mi Rogel es mi vida; suya he sido y lo seré siempre. Tú, eres más bonita, tienes otro *palmito*... Pero, recuerda el pasado, piensa aquellas

noches frías en las alturas de Recoletos... No te avergüences, tú has subido, por lo trajeá que vas, pero más grande será tu caída... ¿Que iguales somos? —dices—. ¡Mientes! Yo no fui lo mismo...

En pobre buhardilla, agobiados por el hambre, con mis padres vivía... Con mi misero jornal nos manteníamos, tú bien lo sabes; mas un día, no sé si feliz ó de desgracia, encontré á Rogel... Me habló, le escuché; seguimos queriéndonos mucho, tanto, que él se apoderó de mi alma, y yo no tuve fuerzas para defenderme... Mis padres me arrojaron de casa, quedé sola, busqué á mi Rogel y ¡me despreció! Paseando por Recoletos te encontré á ti, me enseñaste aquel camino lleno de abrojos... Yo tuve la culpa por confiarte mi secreto. Tú sabías mi martirio, quieres hacerte dueña del corazón que quiero tanto, y él mío le arrojas al arroyo; pero no han de valerte tus malas artes. El me adora con

locura, soy suya, soy mujer, soy fiera herida, y si quieres algo, atrévete...

Se miran, se desprecian, arden en deseos de venganza; pero cada una parte en dirección distinta.

Un pollo líquido que pasa, las oye, y exclama con orgullo:

— ¡Olé las hembras bravias!
Y recordando al poeta de *La Verbena*, prosigue:

«También la gente del pueblo tiene su corazoncito...»

Eduardo TORRENOVA

LA PECADORA

Pecadora, tus ojos, dicen algo cruento; tu cuerpo es como una flor que se ha deshojado, sin exhalar la leve protesta de un lamento, en las uñas de un monstruo feroz y desalmado.

¡Siendo buena, eres mala! Te condenó el destino a vivir una vida dolorosa é inquieta, [no
y entre besos y risas, entre coplas y vino,
has sentido en tu pecho la punzante saeta,

Una noche tus ojos se cerrarán, cansados, de una vida de amores sin haber sido amados, y hasta tu nicho nadie irá triste á llorar...
¿Por qué, aun después de muerta, han de lla-
[mate mala?

¿No fué una pecadora María de Magdalena y la Piedad Divina la supo perdonar?

Fernando G. RUIZ

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, impus, etc. Tomar todos los días, un Papel Ythomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamh, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

ACONTECIMIENTO LITERARIO

Para que rían los curas

Desfilan por las páginas de este libro, entre otras, las salientes figuras: Castrovido, Pablo Iglesias, Benavente, La Chelito, Loreto Prado, Répide, D'Anuncio, Valle Inclán, Bobadillo, Bonafoux, Angeles Vicente, Tomás Romero, Pinedo, Luis Esteso y otros.

Una peseta en la Librería de Fernando Fe
Puerta del Sol, 15.—MADRID

Enfermedades secretas

Se evitan usando en los primeros días que siguen al supuesto contagio, Asclepiol, del Dr. Wels, más eficaz y económico que los demás medios de preservación.

Frasco para 30 aplicaciones, 5,75.

Representantes: Cortes, 442.—Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIF Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA(S.A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

JOSE LERÍN

Encargado de la venta de *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA* en Madrid.

Abada, 22, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,
Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. R.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Magnífica oleografía

copia exacta del hermoso cuadro de Fortuny

La Elección de Modelo

que se admira en el Museo del Prado, Tamaño 1 por 60, 1 peseta provincias;
certificado, 1,50. Diríjanse los pedidos al Sr. Hernández, Palma, 7, pral. 4.

OBRAS DE LUIS ESTESO

La novela verde, 0,50 pesetas.

Es una obra festiva llena de refina-
mientos y gracia fresca.

La reata humana, 2 pesetas.

La mejor producción de Luis Esteso.

El turbión de la risa, 1 peseta.

Contiene seis tomitos: *La vida de Belmonte, La república del común, Malagueñas y cantares, Jozelito y otras.*

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Doce tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dolar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1899).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valores de 0,50 pesetas